

Para enervar absolutamente el alma de Tiberio y conducirle al grado de bajeza, que engendran los tiranos, es necesario una prueba suprema. Después de haber conocido la protección funesta del amo, conocerá sus rigores; después de haber gemido bajo el ala del poder absoluto, temblará lejos de él y se le aparecerá como un espectro terrible, y entonces el heredero de los Claudios, desaparecerá con los instintos altivos y el vigor republicano de su raza, y no quedará más que el digno heredero de Augusto.

III

EL DESTIERRO EN RODAS

ES sumamente difícil bosquejar la fisonomía moral de Tiberio, por el estado pasivo en que pasó la mayor parte de su vida. Una naturaleza activa, atrevida, emprendedora, libre en sus movimientos, se revela por una multitud de síntomas inherentes a sus actos; pero la condenada desde la infancia, tanto más estrecha cuanto mejor disimulada, bajo la sofocante sombra de un poder absoluto, y bajo la vigilancia de un déspota malevolente, permanece embozada, incierta, y si no impenetrable, a lo menos singularmente obscura para la posteridad,

Sin embargo, hemos podido descubrir en Tiberio, una inteligencia precoz, sumamente concentrada y tortuosa, un espíritu industrioso, sin imaginación y por consecuencia sin expansión, un orgullo concentrado que envenenaba todos los días nuevas heridas, instintos bajos y sensuales contenidos por el temor en los límites de placeres legítimos, una sensibilidad taciturna, una

disimulación necesaria, afecciones raras, rencores reconcentrados, todo lo que revela el estado pasivo, todo lo que conviene a un extraño tolerado en la casa imperial y sometido al yugo inmediato de un protector. El mismo Agripa fundador del imperio, el salvador, el amigo, el yerno de Augusto, había estado sujeto a tan dura servidumbre ("durum servitum"). Pero para el niño al que no amaba, para el joven a quien atestiguaba su aversión, esa servidumbre era tanto más dura, más implacable, cuanto que era una venganza de amo, disfrazada bajo las apariencias más dulces, bajo la burla, bajo el sarcasmo, y principalmente bajo la afectación de una paternal vigilancia.

Tan tristemente educada esa alma, en que el bien nativo y el mal adquirido se asociaban en una proporción indeterminada, Tiberio fluctuaba entre el bien y el mal; los sucesos y los azares de la vida, decidirán si se inclinará hacia el genio del bien o al del mal, que sucesivamente solicitaron a todos los Claudios.

Cuando Tiberio, como todo joven patricio, tomó parte en los negocios públicos, había sido preparado por tres maestros; el primero y más poderoso fué Livia, que algunas veces se ha comparado a Catalina de Médicis, aunque muy superior a esta italiana, que sólo labró la ruina de su familia; Livia fué hábil para soportarlo todo, para fingir todo, para sacrificar todo al triunfo de su plan y de su raza. El segundo, el mismo Augusto, aunque sin saberlo, pero tanto más eficaz, cuanto que predicaba el ejemplo, y no podía ocultar a aquel con quien partía los secretos del hogar, esa política tan bien definida en la historia y a la cual Maquiavelo, otro italiano, debía dar su nombre. El tercero, Messala Corvino, orador, escritor, historiador, encargado especialmente en iniciarle en los negocios públicos, en la literatura y la elocuencia, no obtuvo un completo re-

sultado, porque hemos dicho que la conformación física de Tiberio, correspondía a su compleción moral, y el empuje de su boca, así como las trabas impuestas a su joven espíritu, fueron sin duda un obstáculo para su desarrollo en la oratoria. Habló, sin embargo, en las ocasiones que refiere la historia. Defendió ante Augusto al rey Arquelao, a los habitantes de Tralles y a los Tesalios; intercedió en el senado en favor de muchas ciudades del Asia menor, que habían sido casi destruidas por los temblores de tierra; pero no bastaba de fender; tanto bajo el imperio como bajo la república, era necesario atacar para darse a conocer. Escogió por su víctima (y en esto se reconocen los consejos de Livia) y acusó a Pano Cepion, implicado en la conspiración de Murena; y sin trabajo alguno le hizo condenar por el crimen de lesa majestad. Coincidencia funesta, porque Tiberio fué el primero que demostró a los romanos, cuando fué su amo, el alcance terrible e imprevisto de la ley de majestad (lex majestatis)."

Llenadas estas conveniencias, aun faltaba otra formalidad, la de dar al pueblo juegos y fiestas magníficas a fin de obtener sus sufragios; el emperador y Livia bastaban, es verdad, para procurarse votos, pero el placer y el reconocimiento ayudaban eficazmente al libre movimiento de las conciencias. Tiberio dió juegos que costearon su madre y su padrastro, y aun se pagaron 20,000 francos por cabeza a los gladiadores veteranos, que consintiesen en entrar a la arena.

Después de semejantes manifestaciones de patriotismo, había adquirido el derecho de alcanzar todos los honores. En efecto, a los dieciocho años Tiberio fué nombrado cuestor, estaba encargado de proveer a Roma ("annona") y de visitar las casas de corrección ("ergastula"), a donde se arrojaba a los viajeros detenidos en los caminos, a los refractarios que rehusaban

eunirse a sus legiones, y los esclavos a quienes hacían castigar sus amos; sabido es como llenan estos deberes los jóvenes príncipes, o como los llenan otros en su lugar.

Tres años más tarde (733 de Roma), fué tribuno militar, e hizo sus primeras armas contra los Cántabros en España. Al año siguiente fué enviado por Augusto a la extremidad de Oriente a reponer a Tigranes sobre el trono de Armenia; pero el viaje era largo, y cuando Tiberio llegó, reinaba tranquilamente Tigranes, y se contentó con darle una especie de consagración, que la diplomacia hacía fácil, y al mismo tiempo los Parthos juzgaron oportuno devolverle las águilas de Craso, que hacía veinte años estaban en su poder, después de la derrota del rico y ávido triunviro. A la edad de veinte y seis años, Tiberio fué encargado del gobierno de las Galias, en las que solo permaneció un año, bastando este tiempo para que Nimes colonia imperial, que abrigaba una profunda gratitud a Agripa le tratase como yerno de éste a la vez que como a hijastro de Augusto, y se le erigiera estatuas y aunque eso era elevarse muy rápidamente, el entusiasmo calmó bien pronto.

Después con su hermano Druso, penetra Tiberio entre los Rethos y los Vindelicios rebelados y por "razias" semejantes a las que hicieron los franceses en Argelia. es decir, sorprendiendo al país, quemando las poblaciones y robando los ganados, sometió a aquellos pueblos, y en recompensa Livia le hizo nombrar cónsul a los veintinueve años de edad.

La muerte de Agripa, y su casamiento con Julia por la fuerza, hicieron a Tiberio si no más querido, a lo menos más necesario al Emperador. Tiberio se manejó como buen General en la guerra contra los Panonios y Germanos, y recibió como recompensa las insignias del triunfo, y el consulado por segunda vez; de manera

que a los treinta y cuatro años de edad era en el imperio el personaje más importante después de Augusto. Los consejos de Livia, y el partido que debía sacar aun de los sucesos más adversos, hicieron que el Emperador le delegase una de sus más preciosas prerrogativas, quiero hablar del "poder tribunicio," y no es inútil, señores, que os haga comprender la gravedad política de tal acto.

El tribunado era la magistratura popular, y en otro tiempo hacía inviolables a los defensores del pueblo. Augusto que era pontífice, emperador, cónsul y senador, al acumular sobre su cabeza todas las funciones de la República confiscada, había cuidado de no olvidar el tribunado. No se podía hacer elegir tribuno, porque no era plebeyo; pero había inventado el "poder tribunicio" que le fué prorrogado indefinidamente, haciendo su persona inviolable y sagrada, dándole el derecho de que nada se hiciese contra su voluntad, ya en el senado, ya en las asambleas populares.

Delegar a Tiberio por cinco años una parte de este poder tribunicio, era hacerle igualmente inviolable, y conceder a la ambiciosa Livia las prendas más lisonjeras y la confirmación de todas sus esperanzas. Tiberio tocaba el poder soberano tan de cerca, que el último paso parecía fácil y el triunfo seguro.

En este momento, señores, un inesperado golpe de teatro echó por tierra los proyectos de Livia, admirando al mundo y cambiando la vida de Tiberio. Repentinamente se supo que solicitaba entrar en la vida privada, que tenía necesidad de reposo, que estaba hastiado de los honores, y que quería partir. No se le creyó: tenía una salud de hierro, apenas había tocado esos mismos honores, y no contaba más que treinta y cinco años.

Su madre le hizo las más vivas instancias, y descen-

dió hasta las súplicas, porque sólo en él descansaban todos sus planes, era su instrumento sin que él mismo lo advirtiese, no su cómplice; pero sí el único instrumento que le quedaba cerca de Augusto. El Emperador después de haber mandado inútilmente, quejóse ante el senado manifestando su dolor y su indignación al verse abandonado, traicionado, por el que había escogido para ser una de las columnas del imperio, y sin embargo, sus quejas oficiales no tuvieron éxito.

Tiberio permaneció inflexible; se encerró en su casa, rehusó todo alimento durante cuatro días, demostró una tenacidad de que no se le creía capaz, y se vió que se dejaría morir primero, que quebrantar su voluntad. Era éste un rasgo frecuente del carácter romano en las épocas de decadencia; los ciudadanos que no sabían soportar ni las pruebas de la vida, ni el peligro de obrar como hombres libres, ni caer en la desgracia de un tirano, sabían morir con valor.

Preciso fué ceder; Tiberio tuvo la autorización que deseaba, dejó a Roma, a su mujer, a Druso, su hijo del primer lecho, y tomó el camino de Ostia, acompañado de unos cuantos amigos que le siguieron a su pesar, a quienes no habló una sola palabra durante el camino, embarcándose en seguida sin responder a sus preguntas ni a sus despedidas: con suma frialdad abrazó a uno o dos, apartó los ojos de todos, y la galera que le llevaba hizo fuerza de remos alejándose de la orilla.

¿Qué había sucedido, señores? ¿cuál es la explicación de este golpe teatral? Los romanos la han buscado y los historiadores han presentado muchas que no son más que el eco de rumores que entonces corrían. "Tiberio está harto de ultrajes" decían unos; otros: "Julia le deshonor públicamente y no se atreve a repudiarla por miedo de Augusto, tampoco puede quejarse por

que es hija del Emperador, y encontrándose en tan odiosa situación, prefiere abandonar a Roma."

Hacía cuatro años que Tiberio soportaba lo que Agripa muy diferente a él, había él mismo soportado, y las razones que se daban por motivo de su conducta no eran ni determinantes ni subsidiarias. Los espíritus más profundos, los hombres más pensadores acostumbrados a buscar en el alma humana el antro de la ambición, decían: "Tiberio se hace el necesario: ha llegado a un punto muy alto y quiere ascender más todavía; sabe que cerca de Augusto tiene dos terribles rivales futuros, los hijos de Agripa. Lucio y Cayo, han sido ya nombrados Césares, o lo que es lo mismo, presuntos herederos de Augusto, y Tiberio, que no quiere que estos niños ejerzan ninguna influencia sobre su abuelo, forzará la mano de Augusto: se va como Agripa cuando se retiró a Mytilena, cediendo su lugar a Marcelo, para volver a los dos años más poderoso que nunca, adoptado por el emperador y heredero presunto del trono."

Tiberio era capaz de desempeñar tal papel; pero era bastante inteligente para comprender que la ausencia tiene sus peligros, que en una corte todo se reemplaza prontamente, que Cayo César, tenía catorce años, que era ambicioso, y estaba rodeado de ambiciosos. No, Tiberio se vió obligado a tomar tan desesperada resolución, por un móvil más activo, ciego, desesperado, por el miedo. Tuvo miedo y tras el espectro del miedo que desquicia o preciosa las resoluciones, se dió lugar a los motivos secundarios que confirmaron su primera voluntad. Un corto relato de lo acaecido en Roma os hará penetrar en esa alma educada por Augusto para la servidumbre y la cobardía.

Los dos hijos de Julia, festejados, adulados, mimados, comenzaban a permitirse todo. Oleadas de cortesanos se agrupaban en su derredor, el pueblo, persuadi

do de que nunca le faltarían años, el pueblo imbécil, les aclamaba sin cesar, llamándoles "sus delicias." Su tierna edad hacía parecer sus caprichos encantadores, y todos se complacían en ver sus frescos rostros al lado de las rígidas figuras de Augusto, Tiberio y Livia. Cayo, como hemos dicho, contaba catorce años, y se embriagaba fácilmente con los aplausos que se le prodigaban en los circos, en las asambleas y en los paseos públicos. En el teatro un día pidió a gritos a los ciudadanos, que nombrasen cónsul a su hermano, y como aquellos habían adquirido el hábito de no rehusar nada en ese género a Augusto, encontraron la pretensión muy natural, y el Emperador se vió en mil aprietos para resistir a la exigencia del pueblo romano, y aun tuvo que ceder, prometiendo que Cayo sería cónsul a los dieciocho años, confirniéndole un sacerdocio y haciéndole ingresar al senado; pero no cedió sin resentimiento contra sus nietos, que desgarrando el velo, dejaron desnudas sus ficciones políticas, cubriendo de ridículo su artificioso sistema, asestando un golpe mortal a la omnipotencia del abuelo.

Livia participó de este resentimiento, y le envenenó; y desde luego sugirió a su marido de quitar con una mano lo que daba con la otra, secreto esencial del poder absoluto y celoso. Al mismo tiempo que los hijos de Agripa entraban en la carrera política de un modo ridículo, el hijo de Livia se acercaba a Augusto de una manera seria, confirniéndole el poder tribunicio. Ya comprenderéis, señores, la situación de Tiberio; veía la red, palpaba el peligro, y sabía que respecto de los nietos de Augusto, no era más que el contrapeso. Por otra parte, escuchaba en Roma el súbito murmullo de la multitud que adoraba a los jóvenes príncipes, veía el desbordamiento de los cortesanos que apresuraban con sus votos la aurora de un nuevo reinado; la conducta de los hijos de Agripa, mal educados, arrebatados y animados

por sus aduladores, y Tiberio que no tenía una alma generosa, que tal vez hubiera vivido en otro tiempo, sin estar sujeto más de veinte años a la sumisión y al temor, se sobrecogió de espanto, dudó de su madre, y vió las asechanzas, la venganza, el aumento del ascendiente de los nietos sobre un anciano, la probable traición de Augusto, la cólera del pueblo, el resentimiento sin escrúpulo de los ambiciosos y hasta el veneno. Cuando un hombre inteligente se encuentra en tal situación, adopta una resolución suprema, coloca en la balanza todos los motivos que deben preparar su resolución, y no es uno solo el que hace inclinar el platillo, si hay uno más poderoso que los otros, todos tienen su peso, y he aquí por qué los historiadores romanos al explicar de diversa manera la voluntad de Tiberio, han acertado en la verdad, engañándose al referirse a una sola causa y deteniéndose en ella.

Lo que domina todo es el miedo, tras él se agrupan el deseo de probar a Augusto que le era necesario, la esperanza de ser llamado por la falta de hombres que originaba el despotismo, la alegría de verse librado de la vergüenza de que le cubría Julia, y el placer de respirar lejos de Augusto. Pero que todas esas razones constituyesen un plan político, no pudo creerlo. El juego era muy incierto: Tiberio comprendía que estaba odiado, y veía claramente, guiado por el instinto de la propia conservación, por esa segunda vista que se llama terror, que tenía necesidad de huir.

Detiéndose sobre la costa de la Campania como si esperara que le llamasen, ahí circula el rumor de que Augusto estaba gravemente enfermo, ¿y si llegara a morir?...Tiberio con algunas legiones hubiera fácilmente dado razón de aquellos dos niños: pero la noticia es falsa, sus enemigos ríen y pretenden haber descubierto sus proyectos. Lánzase de nuevo al mar precipitadamente a pesar de la tempestad, a pesar de la perspectiva

va de una navegación peligrosa; porque ese hombre que carecía de valor civil, tenía el valor del soldado, y se confina al retiro que ha escogido en la extremidad del Mediterráneo oriental, cerca de las costas de la Caria, en la isla de Rodas.

Cuando al volver de la Armenia, en uno de los viajes de su juventud se detuvo en Rodas, le cautivó la dulzura de su clima y el encanto de sus campos que producían rosas tan bellas como las de Paestum. La ciudad era magnífica, Protógenes la había embellecido con sus obras, una célebre escuela de escultura la había llenado de mármoles maravillosos, el famoso coloso había sido derribado por un temblor de tierra; pero otras noventa y nueve estatuas del sol, colosales, aunque más pequeñas, estaban en pie todavía. Los pedagogos, y los gramáticos tenían establecidas escuelas que se alababan mucho, y Tiberio poco afecto a las artes, pero amante de la literatura se estableció en Rodas.

Detengámonos un instante, señores, y preguntémosnos lo que la posteridad habría pensado de Tiberio, si la tempestad que le arrebató a una isla lejana, hubiese sumergido la embarcación que le conducía, ¿hasta entonces qué crimen había cometido en el orden moral? ¿en el legal de qué atentado era responsable? ¿qué falta grave pudiera reprochársele si no era la debilidad que le tenía encadenado al implacable Augusto, y le hacía repudiar a su mujer en cinta para casarse con la despreciada hija del emperador? ¿qué acto de crueldad le había dado a conocer? ¿qué esclavo había torturado, a qué ciudadano había maltratado, qué violencia podían reprochársele, qué leyes había personal y voluntariamente infringido? La historia permanece muda, puede sospechar sus tendencias, censurar ciertos rasgos de su carácter y señalar algunos instintos alarmantes para el porvenir; pero según el freno, según las circunstancias, todo podía inclinarle hacia el bien como hacia el mal.

Si entonces Tiberio hubiera muerto a la edad de treinta y cinco años, habría dejado una memoria parecida a la de su hermano Druso, que se había dado a conocer como un valeroso soldado; como un buen General, como un ciudadano estrictamente honrado, superior a los demás porque echaba de menos la libertad, y se mostraba más altivo para con Augusto.

Si por el contrario, Tiberio hubiera vivido bajo la antigua república, no habría tenido necesidad de deterrarse, porque entonces no hubiera quedado expuesto a caprichos sin límites, a amenazas sin escrúpulo, a ambiciones que a todo se atrevían. Hubiera servido a su país por la vía recta, y si su fortuna se hubiera estrellado contra el escollo a menudo funesto para su raza; si hubiera debido alejarse por violencia o por orgullo, habría también podido proponerse por modelo ya a Coriolano volviendo sobre Roma a la cabeza de los Volscos, ya a Camilo esperando en Ardea la ocasión de hacer un servicio señalado a su patria; habría tenido ante él doble camino que la mitología colocaba ante Hércules al entrar en la carrera: habría tenido a su derecha y a su izquierda, al bueno y mal genio de los Claudios, que se había sucesivamente apoderado de sus antecesores. Bajo la dominación de Augusto, no podía tener ni la tentación de imitar a Camilo ni a Coriolano. Tiberio, que tenía poca imaginación, se contentó con copiar a su suegro Agripa, que como hemos dicho, se había retirado a Mitylena dos años, cediendo su puesto a Marcelo, habiendo sido recompensada su prudencia por una vuelta triunfal y la sucesión del mismo Marcelo.

Confesemos que lo que faltaba de inventivo al espíritu de Tiberio tenía de profundo y de penetrante: no debía ignorar cuán torpe es en política el papel de plagiarario. Los mismos medios triunfan en tiempos diversos, porque la necesidad humana es la misma, y porque